

Arrugas tapadas con rímel

POR LUISGÉ MARTÍN

Entre 1990 y 1998, con interludios sentimentales, llevé una vida un poco turbulenta y licenciosa. En el Madrid gay de aquella época había un bullicio de personajes pintorescos que desfilaban por Chueca y por sus alrededores con paso de bolero pero a ritmo de samba. Yo iba a los bares de ambiente en busca de caza, como todo el mundo, pero sin duda lo más fascinante de aquel paisaje, sobre todo para un escritor, era el teatro mundano que se representaba cada noche. Cualquier novelista, incluido Balzac, habría sacado de allí material suficiente para sus obras completas.

No solo se despachaban amores y desamores, sino también riñas, disputas familiares, asuntos de dinero, ambiciones profesionales y frivolidades diversas. La vida estaba siempre en el filo: el llanto desolado, la alegría del baile, el júbilo de un amor efímero que pasaba en una sola noche. Había individuos siniestros que se acodaban en las barras sin hablar nunca con nadie. Muchachos inocentes que se dejaban seducir con promesas improbables. Hombres respetables que en el coche o en los servicios de algún bar cercano se quitaban la corbata y el traje y se ponían las lentejuelas. Enfermos de sida que iban apagándose y un buen día se desvanecían para siempre. Amantes inconstantes que cada noche buscaban algún tipo de eternidad en un cuerpo distinto. Ladrones, rufianes, suicidas, locos, *frikis* y gente vulgar que iban trenzando sus suertes en aquellas pistas de baile, en los cuartos oscuros de la trastienda y en las calles que había entre un garito y otro. Muchos de aquellos bares en los que yo pasaba noches enteras han desaparecido o han cambiado completamente de aspecto y de parroquia. Lo mismo ha pasado con todos los que deambulábamos por allí: algunos han desaparecido, engullidos por la muerte, y otros hemos fermentado de una u otra manera. Las vidas novelescas que yo miraba desde el patio de butacas de aquellos maravillosos antros han seguido su curso.

Hace poco me encontré con Alfredo, uno de mis compañeros de correrías de entonces. Cuando yo le conocí, Alfredo tenía unos veinticinco años y acababa de llegar a Madrid desde Soria, como tantos otros muchachos que huían de la opresión homófoba y de la estrechez de horizontes que en una ciudad de provincias tenía un gay. Alfredo había venido siguiendo los pasos de un

primo suyo, que fue quien me lo presentó y quien lo introdujo en nuestra cuadrilla de ambiente. Era feo, muy feo. Tenía el cráneo picudo, como si se lo hubieran aplastado, y uno de los ojos, bizco, miraba siempre hacia las nubes. En la cabeza, a pesar de la juventud, le faltaba pelo, y el que lucía aún no tenía ni lustre ni finura. El cuerpo era desmirriado, y en la indumentaria había un estilo entre soriano y *underground* que resultaba conmovedor. La pluma era natural, pero él la exageraba para darle chispa a su personalidad.

Alfredo se convirtió pronto en el rey de la noche. Toda la compostura que había tenido que guardar en su ciudad durante la adolescencia y la primera juventud se convirtió de repente en furia jaranera. Toda la castidad en lujuria. Iba de cuarto oscuro en cuarto oscuro, abría la ronda a la hora de los cafés y la cerraba en los *after hours*, pasaba por los *glory holes* y se relajaba en las saunas, y entre lascivia y lascivia tenía tiempo de bailar en todas las pistas.

Después de varios años, le perdí el rastro, como a tantos otros. Cuando me le encontré hace poco iba con su esposa y con uno de sus dos hijos. Le saludé con discreción, pero no estoy seguro de que el estupor no se me trasluciera en el gesto. Su mujer era también fea y su hijo, todavía pequeño, llegaría a serlo, sin duda. Alfredo conservaba el amaneramiento de siempre y la misma mueca lasciva en los labios. Tuve la certeza de que seguiría yendo a las saunas, a los parques de *cruising* y, ahora, a los bares de chaperos. Al despedirme, pensé atropelladamente en los obispos que predicán el amor puro, en la esposa fea que lloraría por las noches contra la almohada y en mi propia juventud de aquellos años. *Sic transit gloria mundi*.

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).